

D-44.-

LA VENIDA DE CRISTO Y LA EVOLUCIÓN
por Francisco-Manuel Nácher

- ¿A qué se debió la venida de Cristo?
- Vino a salvar a la Humanidad.
- Pero, ¿a salvarla de qué?
- De su cristalización y desaparición.
- ¿Así, como suena?
- Sí. En el momento de la venida de Cristo, la evolución de la Humanidad estaba seriamente comprometida.
- Pero, ¿por qué?
- Verás: El cuerpo físico nos nace a los nueve meses de gestación, como todos sabemos. Pero el cuerpo vital o etérico necesita más, ya que es más reciente y, por tanto, menos evolucionado. Nace a los siete años, dando lugar al comienzo de la edad del crecimiento. El cuerpo astral o de deseos, a su vez, nace a los catorce años, produciendo, lógicamente, el comienzo de la pubertad. Y la mente, último vehículo adquirido por el hombre en su evolución, nace a los veintiún años, dando lugar al desarrollo integral del hombre.
- ¿O sea, que hasta los veintiún años no somos realmente adultos?
- En buena ley, no.
- ¿Cómo es posible, pues, que pensemos y discurremos y hasta estudiemos sin tener mente?
- Porque utilizamos la mente de nuestros progenitores, es decir, especializamos dentro de nuestra propia aura una porción de la mente de nuestros padres. Pero nuestra propia mente, la totalmente nuestra, individual, fruto de todas nuestras vidas anteriores y, por tanto, la que da a nuestra vida el carácter verdadero relativo a nuestra exacta evolución, esa, si bien nos envuelve y está formándose desde el día de la concepción, no nace hasta los veintiún años y no acaba de completar su desarrollo hasta los veintiocho.
- ¡Qué cosas! ¡Quién lo diría! Pero, si se reflexiona un poco, parece lógico. Es curioso recordar que, tradicionalmente, la mayoría de edad se fijaba en los veintiún años, hasta que, recientemente, se rebajó a los dieciocho.
- Son cosas que el hombre hace por ignorancia de las leyes naturales. Pero, pon atención a lo que sigue.

- ¿Qué?

- Que, lo mismo que nuestro cuerpo físico, llega un momento en que deja de funcionar, es decir, se muere junto con el cuerpo vital o etérico (y nosotros extraemos sus átomos-simiente, que conservan la historia completa de nuestra evolución), también el cuerpo de deseos o astral, en el que seguimos viviendo tras la muerte física, primero en el llamado Purgatorio y luego en el Primer Cielo, llega un momento en que se muere.

- ¿También? ¿El cuerpo de deseos también muere?

- ¡Claro! Y nosotros, nuestro espíritu, recibe su átomo-simiente, junto con los dos anteriores, y pasa al segundo cielo, que se encuentra en la Región del Pensamiento Concreto del Mundo del Pensamiento, donde sigue viviendo.

- ¿Y en qué cuerpo se vive?

- En el cuerpo mental.

- ¿Y ese no se muere?

- También. Llega un momento, igualmente, en que el Espíritu se desprende de él y pasa, sin vehículos ya, a la Región del Pensamiento Abstracto del Mundo del Pensamiento o Tercer Cielo.

- ¿Y qué hace allí?

- Ahí está la cuestión. Tanto en el Purgatorio como en el Primero, Segundo y Tercer Cielos, el Espíritu reflexiona de distinta manera, a través de múltiples experiencias, sobre todas y cada una de las vivencias y acontecimientos de su última vida, y extrae las enseñanzas oportunas, que quedan grabadas en el átomo-simiente de cada vehículo para, cuando vuelva a renacer, es decir, cuando recorra el camino inverso, desde el espíritu hasta la materia, cada átomo-simiente pueda atraer de cada mundo la sustancia apropiada para la construcción del vehículo de ese mundo capaz de manifestar todas las facultades, sabiduría y progreso alcanzados hasta entonces, así como los vicios y defectos aún no corregidos, a lo largo de su evolución.

- ¿Así funcionamos?

- Así funcionamos. Pero ten en cuenta que el paso, tras la muerte, de un plano a otro más elevado, es consecuencia directa de la eliminación paulatina de las vibraciones más lentas, es decir, del material más pesado, más próximo a la Tierra, como un tronco sumergido en el fondo de un depósito de agua que fuese perdiendo lastre iría ascendiendo hacia la superficie.

- Comprendo.

- Sin embargo, cuando se está muy pegado a la Tierra, al mundo físico, cuando no se tiene ninguna elevación espiritual o altruista, no es posible el ascenso a planos superiores.

- ¿Por qué?

- Porque, tras la muerte, se pasa al Purgatorio. En el Purgatorio, como sabes, se revive la última vida, experimentando todo el dolor que se ha producido a los demás, con la finalidad de que el Espíritu aprenda esas lecciones. En el Purgatorio, como te he dicho, vivimos en el Mundo del Deseo o Astral.

- Sí.

- Lo normal es que, una vez terminada la estancia en el Purgatorio, es decir, una vez eliminadas, a base de sufrimientos, las vibraciones más lentas en la zona más densa del Astral, se eleve uno al Primer Cielo y allí, viviendo aún en el cuerpo de deseos, revivir de nuevo la última encarnación y experimentar todo el bien y la felicidad que durante ella hemos producido a los demás.

- De acuerdo.

- Pero con la Humanidad de entonces ocurría algo especial.

- ¿Qué?

- Pues que, pegados a la Tierra, sin más aspiraciones que poseer muchos bienes, sin sentimientos altruistas, es decir, manteniéndose desde millones de años como los pueblos primitivos, no pasaban, tras la muerte, del Purgatorio y, sólo los más avanzados, del Primer Cielo, es decir, no llegaban al mundo del Pensamiento. A decir verdad, llegaban pero, como no eran sensibles a sus vibraciones, era como si no llegaran.

- ¿Y eso qué efecto producía?

- El de que, como no se elevaban más siendo conscientes, porque sus vibraciones no se lo permitían, renacían rápidamente sin haber asimilado lección alguna en el primero, segundo ni tercer cielos y, como sus cuerpos de deseos y mental no se habían aún disuelto, los atraían magnéticamente al descender hacia el renacimiento, y los utilizaban de nuevo, con lo que no había posibilidad de progreso alguno.

- ¡Qué barbaridad!

- Añade a ello que, como lo único que conseguían renovar en cada encarnación eran los cuerpos físico y etérico, no mejoraban tampoco mucho en ese aspecto. Es decir, que su evolución se había, prácticamente, detenido y sin posibilidades de mejorar y, por tanto, estaban, estábamos, porque ello afectaba a toda la humanidad, abocados al retroceso y a la desaparición como individuos, en el caos.

- ¿Y cómo se solucionó?

- Ahí fue donde intervino Cristo.

- Pero, ¿cómo?

- Cuando murió en la cruz y Su sangre penetró en la Tierra, por medio de ella y que es, en todos los seres que la tienen, el vehículo del espíritu, Cristo penetró igualmente y, con Su aura, con Su inmensa vibración de arcángel evolucionadísimo, armonizado e identificado con el Segundo Aspecto del Ser Supremo, barrió o, por mejor decir, abrasó o desintegró en un instante todos los lodos astrales acumulados en el Purgatorio y limpió totalmente el cuerpo de deseos del Planeta. Por eso se dice en los Evangelios que cuando Cristo murió, el cielo se oscureció, porque la vista humana no puede soportar un fenómeno lumínico de tal intensidad que, por tanto, percibe como oscuridad.

- ¡Qué maravilla!

- Sí. Por eso dice también la Escritura que Cristo descendió a los infiernos.

- ¿Y qué sucedió luego?

- Como todos los seres que tenemos cuerpo de deseos o astral (animales, hombres, ángeles y arcángeles) lo formamos con materiales del cuerpo astral de la Tierra (aunque sólo los animales, los hombres y los Luciferes entre los ángeles, no lo tenemos aún purificado), disponíamos todos de un material de bajísimas calidad y vibración, con lo cual, si para los hebreos la evolución era imposible por renacer siempre en la misma raza y no renovar sus cuerpos físico y etérico, para los demás era lentísima e iba a peor, al estar cada vez más polucionado el cuerpo de deseos del Planeta.

- ¿Cómo es eso de los hebreos?

- Todas las demás razas, incluidas las "diez tribus perdidas", fueron mezclándose unas con otras y, en cada reencarnación, los espíritus lo hacían en cuerpos físicos y etéricos más evolucionados. Los hebreos de las tribus de Judá y Benjamín, sin embargo, conocidos históricamente como pueblo hebreo, pegados a su raza - y raza significa sólo cuerpos y no espíritus - usaban siempre, digamos, "los mismos moldes", lo cual, unido al problema antes expuesto en cuanto a los cuerpos de deseos y mental, hacía su evolución imposible a largo plazo. Por eso Cristo vino al mundo como judío y por eso en los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles y en las Epístolas hay multitud de pasajes en los que se dice claramente que Cristo venía, en primer lugar, a salvar a los hebreos - los más necesitados - y luego, a los demás pueblos, o sea, a los "paganos".

- Comprendo. ¿Así que nosotros formamos nuestro cuerpo astral del cuerpo astral de la Tierra?

- Claro. ¿De qué materiales formamos nuestro cuerpo físico? De los materiales del cuerpo físico de la Tierra, ¿no?

- Sí.

- ¡Y de qué materiales crees tú que formamos nuestro cuerpo etérico o vital?

- Supongo que de los que forman el cuerpo vital de la Tierra.

- Exacto. Y, del mismo modo, nuestro cuerpo mental está formado con los materiales que extraemos del cuerpo mental del Planeta.

- Es todo muy lógico y está claro.

- Con lo que antecede, pues, has comprendido lo que te decía al comenzar nuestra conversación: Que, en el momento de la venida de Cristo, la evolución del hombre estaba seriamente comprometida. ¿No?

- Sí. Está perfectamente justificado y comprendido.

- Pues desde entonces, Cristo, cada año, regresa a la Tierra y vuelve a repetir el proceso de limpieza de los Planos superiores: Mundo del Deseo o Astral, y Mundo del Pensamiento. Con ello cada año elimina todo lo negativo de ellos, creado por el hombre en ese intervalo y, además, nos deja una enorme provisión de los dos éteres superiores, el éter de Vida o Vital y el éter Reflector, que nos ayudan a espiritualizarnos.

- ¿Así que cada año vuelve Cristo? ¿Cómo es eso y cuándo vuelve y adónde y por qué eso no se sabe?

- Son muchas preguntas a la vez, pero trataré de contestártelas, aunque alguna de ellas tendrá que ser motivo de otra charla como ésta. Verás: Cristo empieza cada año Su penetración en la atmósfera terrestre en el equinoccio de otoño, cuando el sol está en el signo zodiacal de Virgo, y sigue penetrando hasta que llega al centro de la Tierra, cosa que ocurre el 21 de diciembre, es decir, en el solsticio de invierno, comenzando el 24 Su emisión de Vida, es decir "naciendo". Desde allí, y durante doce días, hasta el 6 de enero, irradia la mayor parte de Su vibración a todo el Planeta y lo que en él existe y evoluciona, es decir, nos da Su vida, Su propia vida, casi hasta el agotamiento, mientras permanece constreñido en un reducto tan diminuto como la Tierra, para un Ser de la magnitud del Segundo Aspecto de su Creador. A partir del 6 de enero comienza Su salida, entregándonos todo lo que le queda de vida, hasta culminar en el equinoccio de primavera en que, tras morir en la cruz (el sol ese día "cruza" el horizonte de sur a norte), "asciende al trono del Padre" de nuevo, para renovar Su provisión de vida y volver al año siguiente. En ese

trayecto, al salir entregándonos Su vida, y pasar por los planos superiores (y ten en cuenta que el Purgatorio, por pertenecer al Mundo del Deseo es menos denso que el físico, aunque para el cuerpo astral sea densísimo), va limpiándolos y dejándolos constituidos por materiales mucho más puros, lo que nos permite formar nuestros vehículos con material cada año más apropiado. Por eso por Pascua sentimos deseos de penitencia, de rezar, de arrepentirnos de nuestros errores, y de ahí las procesiones, los penitentes, etc. Todo ello, consecuencia de ese rayo de Cristo que nos nace en nuestro propio interior. Ese es el verdadero sacrificio de Cristo y no solamente la muerte en la cruz, tormento que sufrieron, además de Él, muchos miles de hombres en la antigüedad y que, en aquella época, no tenía nada de particular.

- ¿Por eso se celebra Su nacimiento el 24 de diciembre y Su crucifixión en primavera?

- Exacto. Y con esto daremos por terminada nuestra charla, que se nos ha extendido demasiado.

- Perfectamente. Gracias por todas tus aclaraciones. Han sido impresionantes y muy aclaratorias.

* * *